

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, febrero de 1895 ↔ NÚMERO 17

— Con el presente número se entregará el cuaderno 17 de *Los Voluntarios de la Muerte*, novela de la BIBLIOTECA —



EL ESPECTRO DE TAPPINGTON:

Apoderóse de mis pantalones, y, rápidamente, introdujo en ellos sus piernas

SUMARIO

El espeítro de Tappington (*continuación*).—Variedades.
—Pensamientos.

EL ESPECTRO DE TAPPINGTON

(Continuación)

Tal era la leyenda relacionada con Tappington Everard, y tal la historia que la vivaz Carolina Ingoldsby refirió á su primo Carlos Seaforth, teniente de la compañía de las Indias en el segundo regimiento de Bombay, en ocasión de pasearse los dos por una galería llena de antiguos retratos, entre los cuales figuraba el del temido Sr. de Giles.

El galante oficial había hecho la primera visita aquel mismo día á la casa de su tío materno, después de una ausencia de algunos años, los cuales pasó con su regimiento en las áridas llanuras del Indostán, de donde regresaba ahora en uso de licencia por tres años. Había marchado siendo muchacho aún, y volvía ya hombre; pero la impresión que le produjo en sus jóvenes años su prima favorita no se había borrado; y á Tappington encaminó sus pasos, aun antes de buscar la casa de su madre viuda, consolándose de esta falta de decoro filial por la reflexión de que, como la casa-castillo estaba casi á su paso, no sería nada cortés cruzar por delante de ella sin llamar á la puerta de sus parientes y sin detenerse allí algunas horas.

Encontró á su tío tan hospitalario como siempre, y á su prima más encantadora que nunca. Las miradas de ésta correspondieron á las atenciones del teniente, y de aquí resultó la posibilidad de que las pocas horas que Seaforth se proponía pasar en el castillo se convirtieran en unos pocos días, aunque la casa estaba entonces llena de visitantes.

Hallábanse allí los esposos Peterses, Ramsgate, los de Simpkinsons, de Bath, que habían venido á pasar un mes con la familia; y Tomás Ingoldsby, con su amigo el honorable Sucklethubkin, á quien acompañaba su lacayo y una jauría para cazar durante quince días.

También había ido allí la Sra. Ogleton, la rica viuda joven, mujer de grandes ojos negros, que, al decir de algunos, fijaba miradas asesinas en el joven caballero, aunque el amo de gobierno lo negaba rotundamente. Acompañaba su doncella de preferencia, la señorita Paulina, que á cada momento intercalaba en la conversación frases francesas.

En resumen: la casa estaba completamente llena y ocupada, excepto la cámara de roble, que fué destinada al teniente al asegurar este último que él no temía á los fantasmas.

Barney hubo de acomodarse en la habitación de Oliverio, criado de confianza del amo del castillo.

—Vamos, Carlos: todo se enfriá, y el almuerzo no valdrá nada. ¿Cómo ha sido V. tan perezoso?

Tal fué el saludo que la señorita Ingoldsby dirigió al militar cuando éste entró en el comedor, una hora después de la señalada.

—¡Vaya un caballero para darle una cita! —murmuró la viuda. —¡Adiós, nuestra excursión á las rocas antes de almorzar!

—¡Oh! Los jóvenes del día no acostumbran ahora á cumplir sus promesas,—dijo la señora Peters, mujer algo rechoncha, de ojos lánguidos.

—Cuando yo era joven, —añadió el Sr. Peters;— recuerdo que siempre tenía por máxima no faltar...

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Simpkinson.

—Pues cuando me casé con mi esposa. Entonces contaba yo... Veamos... Déjeme V. pensar. Yo contaba...

—Haz el favor de callar,—dijo la señora Peters, interrumpiendo á su cara mitad, á quien horrorizaban, sin duda, las referencias cronológicas. Come y no hables, porque no es de buena educación molestar á los demás con tus asuntos de familia.

El teniente se había sentado entretanto muy silencioso, limitando su saludo á un movimiento de cabeza y á una mirada que tanto tenía de afable como de interrogadora. Preocupado como estaba, y en la inmediata presencia de aquella que había aprisionado su corazón, condújose algo distraídamente, lo cual atribuyó la seductora Carolina, en el secreto de su alma, al efecto que producían en el ánimo del teniente sus galas y su belleza. ¿Qué hubiera dicho si hubiese sabido que el objeto de las meditaciones del militar era un par de calzones?

Carlos bebió su café después de haberse comido media docena de huevos, dirigiendo á menudo una penetrante mirada á las señoritas, con la esperanza de descubrir á la autora de la jugarreta de que era víctima, por alguna furtiva sonrisa ó una mirada de inteligencia; pero todo fué en vano. Ninguna señal le dió á conocer lo que deseaba, ni pudo confirmar sus sospechas. Las indirectas e insinuaciones á que apeló pasaron desapercibidas, y de sus intencionadas preguntas no se hizo el menor aprecio.

El día era hermoso, sin igual para dar un buen paseo, y cuando todos acabaron de almorzar emprendióse la marcha hacia las dunas. Muy pronto no se pensó más que en admirar los encantos de la naturaleza animada e inanimada que rodeaban á los paseantes, y hasta el teniente Seaforth del regimiento de Bombay olvidó completamente la desaparición de sus pantalones.

Transcurrió otra noche, y á la mañana siguiente el sol brillaba radiante formando con sus rayos un arco iris magnífico por la parte del Oeste, donde la posada nube que durante las dos últimas horas había lanzado sus aguas sobre la tierra parecía huir ahora apresuradamente.

—Ah! Ahora están bien limpias,—exclamó

Barney al depositar frente á la mesa de su amo un par de botas jockey, de primorosa confección, que había comprado el día antes al dar una vuelta por la ciudad. Aquella misma mañana, el criado se encargó de limpiarlas por primera vez, esmerándose en quitar el barro recogido en la excusión de la víspera, sin juzgar superflua, como hubieran podido creerlo otros sirvientes, la aplicación del ácido oxálico. Con la mayor atención hizo desaparecer la más imperceptible impureza de la pulimentada superficie, y las botas quedaron como un espejo. Sin duda, Barney pensó con dolor que al día siguiente tendría que repetir la misma operación, pues al mirar por la ventana vió que el camino estaba lleno de barro, y de jío escapar un suspiro.

—¡Ah!—murmuró.—No valía la pena de limpiarlas hoy, pues volverán á quedar peor de lo que estaban si mi amo emprende la excusión que se proyecta para ver las ruinas de la Abadía de Bolsover.

Su amo había comenzado á vestirse ya, y Barney aplicaba las correas á un par de brillantes espuelas, cuando, de pronto, detuvo su mano al oír la antigua pregunta:

—¿Dónde están mis calzones, Barney?

Esta vez no se encontraron tampoco.

El teniente bajó aquella mañana látigo en mano, luciendo una elegante levita verde; pero faltabanle el calzón corto y las botas altas. En su lugar llevaba pantalón ancho y calzado ordinario, que debieron parecer incongruentes.

—¡Hermosa mañana después de la lluvia!—dijo el Sr. Simpkinson.

—Precisamente es lo que necesitamos,—contestó el Sr. Peters.—Recuerdo que cuando yo era muchacho...

—¡Haz el favor de callaite, amigo mío!—interrumpió la ejemplar matrona, según su costumbre, sobre todo cuando su marido trataba de evocar algún recuerdo.

Difícil sería determinar qué razones tenía la buena señora para proceder así. Tal vez fuera porque el Sr. Peters, según se decía, aunque hombre rico, había recibido una educación muy liberal en una escuela de beneficencia, y tenía propensión á dar explicaciones sobre su pasado. Por lo demás, la advertencia de su esposa bastó para que callase.

—Sí,—dijo el joven Ingoldsby,—el día es magnífico para visitar las ruinas.

Y volviéndose hacia el teniente añadió:

—Pero ¿qué es eso, Carlos? ¿Piensa V. montar á caballo con ese equipo?

—¡Dios mío! Se va V. á mojar mucho,—dijo Julia Simpkinson.

—Mejor será que se sirva V. del coche de Tomás,—observó el dueño del castillo.

—O que vaya en el faetón con la señorita Julia,—dijo otro.

—Gracias,—contestó el teniente;—montaré á caballo para acompañar á mis primas.

Arreglado esto, Ingoldsby, Peters, Simpkinson y su hija mayor, con su álbum debajo del brazo, acomodáronse en el coche de familia.

El dueño del castillo declinó el honor de

acompañar á los demás, diciendo que no le diera vergüenza ver antigüedades; y la Sra. Simpkinson prefirió hacer compañía al ama de gobierno, que había prometido iniciarla en los arcanos de la transmutación de la grosella en jalea de guayaba.

—¿Ha visto V. alguna vez un abate anciano, Sr. Peters?

—Sí, señorita: uno francés. Y en Ramsgate hay ahora otro, dedicado á la enseñanza, aunque ya cuenta sesenta años.

La señorita Simpkinson cerró su álbum con cierto aire de profundo desdén.

El Sr. Simpkinson era un anticuario entusiasta de primera clase y muy instruido en la heráldica. Conocía la historia de las cruzadas; había escrito un ensayo sobre el origen y dignidad del oficio de inspector; vanagloriábase de haber determinado la fecha de ciertos actos de la reina Ana durante su gobierno, y, en su calidad de individuo influyente de la Sociedad de Anticuarios, habíasele concedido un asiento en la Academia, donde Silvano Urbano no tuvo desde entonces más infatigable correspondiente. Su ensayo crítico sobre el sombrero de tres picos del presidente fué considerado como una maravilla de erudición, y su informe sobre la aplicación del dorado al mazapán una obra maestra de las investigaciones del anticuario. Su hija mayor era una mujer entusiasta; y si el mando de su padre no cayó sobre ella, fué, sin duda, porque no pudo ponérsele; pero, al menos, consiguió coger una punta, mientras el autor de sus días le llevaba.

Para personas que congeniaban así no podía menos de ser un grandioso espectáculo la visita de las ruinas de Bolsover, con sus arcos rotos, sus majestuosos pináculos y el aspecto de vetustez de las ventanas medio demolidas. Todos se entusiasmaron. El Sr. Simpkinson comenzó á meditar sobre un nuevo ensayo, y su hija evocó á las musas para componer una oda. Hasta el mismo teniente, al contemplar aquellas solitarias reliquias de los tiempos pasados, olvidó momentáneamente á la vez su amor y sus pantalones. Los lentes de la viuda se fijaron en las patillas de su acompañante; pero la dama interrumpió su contemplación para mirar la yedra de las ruinas, y la Sra. Peters limpió sus anteojos.

—Priorato de Bolsover,—dijo el Sr. Simpkinson con el aire de suficiencia de un intelectual.—Este priorato se fundó durante el reinado de Enrique VI, hacia principios del siglo x. Hugo de Bolsover había acompañado á dicho monarca á los Santos Lugares en la expedición emprendida por vías de penitencia, por el asesinato de sus jóvenes sobrinos en la Torre; y, al disolverse los monasterios, el veterano recibió como feudo las tierras y el castillo, á que dió su nombre de Bolsover. El blasón de aquel distinguido cruzado, que asistió al sitio de Acre, consistía en una abeja volando sobre tres mochuelos.

—¡Ah! Sí: he oido hablar de eso á la señora Partington, y...

—¡Cállate, hombre, y no te expongas á cometer un error en lo que no entiendas!—interrumpió la esposa.

Peters guardó silencio con la mayor humildad.

—Estas tierras,—continuó el anticuario,—se realizaron mucho por la presentación de tres mochuelos blancos y un pote de miel...

—Ay! ¡Qué rica!—interrumpió la señorita Julia, mientras que el Sr. Peters se lamía los labios.

El anticuario no hizo aprecio de la intervención, y prosiguió, después de haber tomado un polvo de rapé.

—Sí.—dijo,—la herradura de plata que deben llevar los caballos de la casa real cuando pasan por algunos de los castillos del soberano; y si lee V. las historias de dos cuartos que ahora publica un eminente amigo mío, verá V. que Langhale pertenecía á un tal Baldwin *per saltum, sufflatum et pettum*.

—Sr. Simkinson,—dijo Ingoldsby apresuradamente.



Los dos Jóvenes, Ingoldsby y el teniente Seaforth, sentáronse ante una mesa, encendieron un cigarro y llenaron sus vasos de cerveza

—Yo he visto un mochuelo,—dijo el Sr. Peters.—Está en los Jardines Zoológicos. Tiene el pico muy corvo y parece que lleva peluca; pero sus plumas...

El pobre hombre no pudo terminar su explicación.

—¿Te callarás, al fin?—dijo la voz autoritativa.

El naturalista en ciernes, siempre obediente, no añadió una palabra más.

—Debe V. leer á Blount, Sr. Ingoldsby,—continuó Simpkinson,—pues era un hombre muy instruido, á quien el duque de York regaló cierto día una herradura de plata, y...

—¡Ah! Sí,—interrumpió el incorregible Peters.—Ahora recuerdo que le ahorcaron con un cordón de seda por haber disparado un tiro contra el doctor Johnson:

damente;—hágame el favor de tomar un vaso de jerez.

—No: gracias, amigo mío... Pues decía que ese Baldwin, apellidado *El...*

—La Sra. Ogleton le invita á V. á beber,—interrumpió de nuevo Ingoldsby más apresuradamente, llenando al mismo tiempo un vaso y obligando á beber al *sabio*, que, detenido así en la misma crisis de su narración, tragó la bebida como si hubiese sido física.

—¿Qué habrá descubierto la señorita Simpkinson allí?—continuó Tomás.—Sin duda, es algo de grande interés. Ved qué de prisa escribe.

Esta diversión produjo su efecto. Todos miraron hacia la aludida, que, demasiado etérea para las «comodidades de la humanidad», había sentado en los restos dilapidados de una

tumba-altar, trasladando ansiosamente al papel alguna cosa que, sin duda, la impresionaba profundamente. Su expresión meditabunda, sus ojos mirando al cielo, indicaban claramente que las divinas musas la inspiraban. Su padre se levantó y acercóse á ella muy despacio.

Pero ¿qué había sido, entretanto, del teniente y de la hermosa Carolina? Pues muy sencillo. Sucedio que á los dos los sedujo simultáneamente el aspecto pintoresco de uno de aquellos

La observación era justa y muy natural. Hacía mucho tiempo que estaban ausentes, y, sin duda, pudieron comunicarse cuanto tuvieron que decirse.

—¿De qué os parece que habremos hablado? —preguntó Carolina.

—¡Oh Dios mío! Sin duda alguna, de amor, de la luna, de los ojos, de los ruiñores, y de...

—¡Basta, basta, señorita! —interrumpió Carolina. —No se deje V. llevar del fervor de sus



—¡Toma éso, tunante! —contestó Ingoldsby, arrojando unos pantalones al criado del teniente

arcos puntiagudos que el eminentante anticuario Mr. Curties ha descrito en sus *Antiguos Recuerdos* como una ventana górica de orden sajón; y, después, la yedra crecía tan espesa y abundante en el otro lado, que dieron la vuelta para acercarse más á ella; pero como la proximidad les impedía ver bien el efecto, cruzaron por delante de una colinilla que estaba á cien varas más allá; y como quiera que al hacer esto encontraron un pequeño barranco, y lo que se llama un mal paso, Carlos debió coger á su prima en brazos para flanquearle. Después, al regresar, Carolina no quiso que el teniente se molestara otra vez, y, por lo tanto, signieron otro camino mejor, pero mucho más largo, donde abundaban las cercas y los estanques, siendo necesario también cruzar por espesuras; de modo que transcurrió más de una hora antes de que volvieran á reunirse con sus compañeros.

—¡Dios mío! —exclamó Julia Simpkinson. —¡Cuánto habéis tardado en volver!

sentimientos. No negaré, á decir la verdad, que hemos tratado uno ó más de tan agradables asuntos; pero el más importante se refería á los pantalones del teniente Seaforth.

—Carolina, —dijo Carlos; —he tenido algunos sueños muy singulares desde que me hallo en Tappington.

—¿Sueños? —preguntó Carolina sonriendo, mientras que arqueaba graciosamente su blanco cuello. —¿Suele V. soñar?

—Parece ser que sí, y lo que considero más extraño es que el sueño se repita siempre, sin ninguna variación. ¿Qué diría V. que soñé?

—Imposible es que yo lo adivine, —contestó Carolina, mientras que sus ojos decían lo contrario expresivamente.

—Pues he soñado sobre el abuelo de V.

La mirada de Carolina cambió de expresión.

—Sí, —continuó el teniente; —me pareció ver al anciano Sr. de Giles, de quien V. me habló el otro día. Entró en mi alcoba, llevando una túnica de terciopelo de color oscuro, su larga

espada al costado y una especie de birrete con pluma, exactamente como le representa el cuadro que está en la galería; pero con una excepción.

—¿Cuál era?

—Pues que sus extremidades inferiores, bien visibles, eran las de un esqueleto.

—Y ¿qué más sucedió?

—Voy á decírselo. Después de dar el aparado una vuelta ó dos por la habitación, dirigiendo á su alrededor una mirada torva, llegó hasta el pie de la cama, miróme de una manera que me sería imposible describir, y luego... a joderse de mis pantalones, introdujo en ellos los largos huesos de sus piernas con singular rapidez, y, acercándose al espejo en seguida, miróse con mucha complacencia, al parecer. Yo quise hablar; pero algo me anudaba la lengua en la garganta, y me fué imposible abrir la boca. Sin embargo, mi esfuerzo llamó, sin duda, la atención del fantasma, pues dando media vuelta mostróme la más espantosa calavera que se podía imaginar, y, entreabriendo la boca por una sonrisa horrible, salió del aposento.

—¡Qué absurdo, Carlos! ¿Cómo puede V. decir semejantes tonterías?

—Pero, Carolina, advierta V. que mis pantalones han desaparecido realmente.

A la mañana siguiente, y faltando á su costumbre, Seaforth fué el primero en bajar al comedor; y como aún no había nadie allí, hizo lo que cualquiera otro joven hubiera hecho en su lugar. Acercóse al fuego, se apoyó en la meseta de la chimenea, y, colocando sobre cada brazo un faldón del frac, volvió hacia el calor esa parte de la amazona humana que se considera igualmente indecoroso presentar á un amigo ó á un enemigo. En su rostro era visible una expresión grave, por no decir ansiosa; y sus labios se contraían ya para producir un silbido, cuando el pequeño *Flo*, faldero favorito de la señorita Julia Simpkinson, saltó del sofá y comenzó á ladrar... á sus pantalones.

Sin duda, debieron chocar mucho al animal, porque eran de color gris claro, con listas muy anchas del más vivo escarlata. Eran como los que usaban los individuos del regimiento de Bombay, constituyendo parte del uniforme reglamentario; y el falderillo, criado en el campo, no había visto jamás un pantalón semejante ni cosa que se le pareciera. *Omne ignotum pro magnifico!* Las rayas de color escarlata, más vivas por el reflejo del fuego, debieron excitar los nervios del perrito, produciendo el mismo efecto que en los toros y pavos; avanzó hacia el teniente á paso de carga, y sus ladridos, así como su asombro, no tuvieron límites; pero un puntapié del disgustado oficial bastó para que el perrillo cambiase de actitud, induciéndole á emprender la retirada en el mismo instante en que la dueña del virulento can acudía en su auxilio.

—¡Dios mío, *Flo*! —exclamó la señorita, dirigiendo una mirada investigadora al teniente.

—¿Qué te pasa?

Por desgracia, el perro no sabía hablar, y, manteniéndose imperturbable, no era posible tomar una información, ni que su ama se enterase de lo que había sucedido, por lo cual la cosa quedó así.

Otras personas entraron muy pronto, y agruparonse al rededor de la mesa para tomar parte en la más saciable de las comidas. Las conversaciones se entablaron apenas comenzaron el almuerzo, sin que el teniente saliera, al fin, de su distracción, hasta que una mirada de Carolina, seguida de una graciosa sonrisa, le indujo á volverse bruscamente para hablar á la persona que tenía á su lado. Era la señorita Simpkinson, que, tomando su té á sorbitos, miraba á cada momento su álbum, con expresión meditabunda.

El teniente le preguntó cuál era el asunto de su estudio, y, después de hacer un ligero mohín, la dama confesó que en aquel momento se ocupaba en dar la última mano á un poema inspirado por las poéticas sombras de Bolsover.

Como era natural, todos quisieron que leyese su composición. El Sr. Peters, «aficionado á los versos», insistió muy especialmente, y entonces aquella Safo accedió, al fin. Despues de un *hem* preparatorio, y de una mirada al espejo, para convencerse de que su expresión era bastante sentimental, la poetisa comenzó á leer.

No reproduciremos aquí el principio de la oda, que tenía algo de adocenada, y bastará decir que unos ladridos angustiosos debajo de la mesa no permitieron á la poetisa terminar la lectura, prescindiendo de que otro incidente lo impidió.

Tomás Ingoldsby, en el entusiasmo del momento, se perdió de tal modo en el mundo material, que, en su abstracción, su mano tropezó contra la tetera grande, que, volcándose sobre la mesa, dejó escapar una corriente de agua hirviendo, que inundó la rabadilla del desgraciado *Flo*, harto disgustado ya por el correctivo que poco antes le aplicara el teniente.

La confusión fué completa; toda la economía de la mesa se perturbó; toda la compañía se desbandó con admirable desorden, y las «inteligencias vulgares» no sabrán nunca nada de la oda de la señorita Simpkinson, hasta que la vean por casualidad en cualquiera futura copla callejera.

El teniente se aprovechó de aquella confusión para coger del brazo al culpable, autor de tan tremenda baraúnda, y conducirle á la galería para hablar con él dos ó tres palabras en particular.

La conferencia entre los dos jóvenes caballeros no fué breve en su duración, ni dejó de ser importante en su resultado. El asunto se redujo á que Carlos Seaforth declarase á Tomás Ingoldsby que amaba á su hermana; que esta señorita le había invitado á dirigirse al *papá* para pedir la sanción, y, últimamente, tratóse de las visitas nocturnas que el teniente recibía contra su voluntad.

Ingoldsby escuchó los primeros puntos sonriendo; mas al oír lo de las visitas soltó la carcajada.

—¿Que le han robado á V. los pantalones?— exclamó.— ¡Pardiez! ¡Eso es incomprensible! ¡Y suponer que el culpable ha sido un caballero, nada menos que el Sr. de Giles! Vamos, Carlos: estoy dudando sobre si invitarle á V. á salir fuera para pedirle una satisfacción por haber atacado el honor de la familia.

—Ríase V. cuan-to quiera, Tomás,—repuso el teniente;— sea tan incrédulo como guste; pero hay un hecho inconfundible, y es que mis pantalones han desaparecido. ¡Mire V.: me veo reducido á ponerme el del uniforme; y si esto sigue así, mañana deberá pedirle á V. uno prestado!

Rochefoucauld dice que hay algo en las desgracias de nuestros mejores amigos que no nos desagrada del todo; y, seguramente, los más de nosotros podemos reírnos de sus ligeros enojos ó inconveniencias, hasta que se nos llama para poner remedio. Tomás compuso sus facciones en el acto, y contestó con más gravedad:

—Bien mirado, hay algo muy singular en lo que acaba de referirme. Usted dice que los pantalones han desaparecido positivamente, y esto me induce á creer que alguien le hace á V. alguna jugarrería. Apostaría diez contra uno á que el criado tiene parte en ello, y ahora recuerdo haber oido decir algo sobre que ese hombre aseguró en la cocina haber visto un fantasma. No lo dude V.: Barney es el autor de la trama.

Esta contestación hizo reflexionar al teniente que el acostumbrado buen humor de Barney había desaparecido del todo en los últimos días; que su locuacidad era muy limitada ahora, y que cuando tocaba la campanilla érale necesario repetir la llamada varias veces antes de que su criado se presentase.

Se llamó á Barney para someterle á un interrogatorio, y el buen hombre dijo que, efectivamente, habiendo ido á dar una vuelta por el prado en compañía de una de las sirvientas, llamada Paulina, vió un fantasma entre los árboles.

—¡Un fantasma!— exclamó Ingoldsby.— Y ¿qué señas tenía, Barney?

—Oh! Puedo asegurárselo á V., advirtiéndole que no miento. Era la figura de un anciano muy alto; iba vestido de blanco, llevaba una pala al hombro y una tea en la mano, llamándome, sobre todo, la atención sus ojos, que me parecían fosforescentes. «—Barney,—me dijo, como si me conociese.—¿Qué haces ahí con esa mujer?» Temblando de miedo, no pronuncié una sola pa'abra. Paulina comenzó á gritar y echó á correr, siguiéndola yo con toda la ligereza que mis piernas me permitían; pero pude observar que el fantasma se desvaneció en una llama de fuego.

El informe de Barney fué escuchado con evidente incredulidad por ambos caballeros; pero el hombre insistía en sus detalles con perseverante tenacidad. Pensóse en solicitar la confirmación de Paulina; pero se renunció á ello, por no hacer investigaciones demasiado delicadas.

—Persisto en asegurar, amigo Seaforth,—

dijo Ingoldsby, cuando Barney se hubo retirado,—que aquí se hace alguna jugarrería, y tal vez sea parte de ella la visión de que ese hombre habla. Usted sabrá mejor que yo si Barney es un tonto ó un tonto; pero, de todos modos, yo le acompañaré á V. en su cuarto y veré si nuestro antecesor se presenta. Entretanto, punto en boca, y no hablemos á nadie de este asunto.

De buena gana engalanaría mi cuento con algo horroroso que infundiera pavor, y ruego á mis lectores que si todos los *succlanea* de esta misteriosa narración no están bien ordenados lo atribuyan sólo a las desgraciadas innovaciones de la moderna degeneración en las dignas costumbres de nuestros antecesores.

La habitación en que se había alojado al teniente tenía cierto carácter peculiar de antigüedad que se echaba de ver desde luego; la puerta principal, de forma arqueada en su parte superior, cerrábese por dentro con sólidos cerrojos, así como la puerecilla excusada que había en un ángulo, en el fondo del aposento. La cama no tenía tampoco nada de moderno, por más que fuese bastante cómoda, sin que faltaran buenas mantas, colchas y cuantos abrigos se pudieran necesitar. Las ventanas y el resto del mobiliario de la habitación tenían algo de incongruente, excepto dos ó tres objetos que parecían de más moderna fecha. En fin: aquella estancia se hubiera podido creer muy propia para ser visitada por los *espiritus*, los fantasmas ó los duendes, y notábase en ella un lo sé qué desagradable y hasta capaz de infundir recelo.

Los dos jóvenes, en traje de casa y con zapatillas, sentáronse ante una mesa, algo desvencijada, ocupando cada cual un sillón de brazos no menos antiguo que la cama; encendieron un cigarro y llenaron sus vasos de cerveza, disponiéndose á entablar conversación; pero antes de que comenzaran, la «lengua de hierro de la media noche» dejó oír su sonido doce veces.

—Esta es la hora de los fantasmas,—dijo Ingoldsby, sacando del bolsillo de su chaleco su reloj de oro y consultándole, como si temiera que el de la torre no andara bien.

—Silencio!— exclamó Carlos.— Me parece haber oido pasos.

Siguióse una pausa. Efectivamente: se apercibía el rumor de un paso; muy pronto resonó distintamente, llegó á la puerta, vaciló, detuvose y siguió adelante.

Ingoldsby se levantó al punto, abrió la puerta de par en par, y pudo ver que el ama de gobierno se dirigía á su aposento, situado en la otra extremidad de la galería.

—Buenas noches, caballero,—dijo la mayor.

—Idos al diablo!— contestó Ingoldsby, á quien enojaba aquella decepción.

Transcurrió una hora, y otra y otra, sin que se presentase ningún espectro, y nada ocurrió que pudiese intimidar á nadie. Cuando el reloj de la torre dió, al fin, las tres, Ingoldsby, cuya paciencia parecía agotada ya, saltó de su sillón exclamando:

—Todo esto es una tontería, buen amigo, y ningún fantasma veremos ya, porque hace mucho tiempo que ha pasado la hora canónica. Me voy á mi cama; y en cuanto á vuestros pantalones, yo los guardaré durante algunas horas.

—Ciertamente,—contestó Seaforth.

—Y os doy las gracias,—añadió con aire pensativo.

—Buenas noches, compañero,—dijo Ingoldsby.—Cerrad la puerta, y podréis desafiar al Papa, al diablo y al Pretendiente.

Seaforth siguió el consejo de su amigo, y llegada la mañana bajó al comedor con su traje de la víspera. El encanto estaba roto, el demonio derrotado, y ya no había nada que temer.

Ingoldsby se felicitó de la vigilancia ejercida en compañía de su amigo; pero hay un adagio que nos aconseja no congratularnos de haber escapado de un apuro, mientras no estemos del todo fuera de él, y el teniente debía probar su exactitud.

Un golpecito en la puerta de Ingoldsby á la mañana siguiente, en el momento de estar afeitando, estremecióse y fué causa de que se cortase la barba.

—¡Entrad, y el diablo os lleve!—exclamó el mártir, aplicando el pulgar sobre la parte dañada.

Abrióse la puerta, y en el umbral apareció Barney.

—¿Qué hay?—preguntó el paciente con acento de enojo.

—El amo, señor...

—Y bien; ¿qué necesitas?

—Los pantalones, señor...

—¡Cómo! ¿Será posible?... ¡Esto sí que es bueno!—gritó Tomás, soltando la carcajada.—¿Quieres decir, Barney, que el fantasma ha vuelto?

El criado, sin contestar, mantenía muy grave.

—A fe mía,—repuso, al fin,—que los pantalones han desaparecido. Los he buscado encima de la cama, debajo y en todas partes, y no aparecen.

—Oye, Barney,—replicó Ingoldsby;—podrás gastar bromas con tu amo; pero yo no te las tolero. Dime al punto qué has hecho de la ropa, ó de lo contrario...

Esta brusca transición en el modo de expresarse sorprendió al criado, desconcertándole, al parecer.

—¿Cree el señor,—repuso,—que yo mismo soy el fantasma? ¿Cómo me atrevería yo á llevarte los efectos del amo? Y, por otra parte, ¿qué haría con ellos?

—Eso debes saberlo tú, y no podría sospechar cuál es tu objeto; mas no dudo que tienes que ver con la misteriosa desaparición... ¡Mal-

dita cortadura!—añadió.—Dame una toalla, Barney.

El criado obedeció al punto.

—Juro, por mi honor,—dijo,—que yo no entiendo nada en ese asunto; pero después de lo que he visto...

—Y ¿qué has visto? Habla; pero no creas que daré crédito á ninguna tontería.

—Pues yo os aseguro que *le he visto*, y también Paulina, y...

—¡Vamos! déjate de cuentos y sal de aquí al punto!

—Pero, señor,—replicó el criado con acento suplicante;—¿y los pantalones? Mi amo se resfriará.

—¡Toma éhos, tunante!—contestó Ingoldsby, arrojando unos pantalones al criado; pero no supongas que puedes hacer tus j. garretas impunemente, y recuerda que mi padre es magistrado.

Los ojos de Barney brillaron, irguíose y disponíase á contestar; mas, haciendo un esfuerzo, como para dominarse, cogió los pantalones y salió del aposento sin pronunciar palabra.

(Se concluirá)

VARIEDADES

LENGUAJE IMPERIAL

Dicen de Kiel que, con motivo de prestar juramento los reclutas de marina, el emperador les dirigió una alocución, exhortándoles á mostrarse fieles al juramento. Dijo que en los remotísimos tiempos en que los cimbrios y los teutones traspasaban los Alpes, los germanos tenían la costumbre de ligarse unos á otros con cadenas para combatir al enemigo. Ahora ya no hay necesidad de cadenas, pues el juramento es el lazo que mantiene unidos á los guerreros.

PENSAMIENTOS

—La criminalidad es mayor de lo que se cree. Sólo que la mayor parte de los crímenes escapan á la acción de la justicia.

De otro modo no habría cárceles ni jueces suficientes.

—No hay careta como la palabra.

Por torpe que sea, sabe disfrazar perfectamente los pensamientos.

—¡Qué hermosa triple alianza la que en favor de los pueblos ofrecerían la fuerza, el derecho y la habilidad!

—¿Qué no profanará la humanidad si hace motivo de vanidad la muerte y subordina el dolor á las conveniencias?